



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

**FELICIDAD
Y OTROS CUENTOS
MARY LAVIN**

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*Para mis hijas,
Elizabeth y Caroline*

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Happiness and Other Stories*



© Literary Estate of Mary Lavin, 2018
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2019
© Errata naturae editores, 2019
c/ Alameda, 16
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-29-1

DEPÓSITO LEGAL: M-30421-2019

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: © Horst P. Horst / Condé Nast Collection

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

FELICIDAD	11
EL JARDINERO NUEVO	39
UNA TARDE	53
UN MERO ACCIDENTE	67
EL NIÑO PERDIDO	111

FELICIDAD

Madre tenía mucho que contar. No es que se pasara el día hablando, pero a nosotras, las niñas, nos parecía que el pozo del que bebía era muy, muy, muy profundo. Su tema predilecto era la felicidad: lo que era, lo que no era; dónde encontrarla, dónde no; y, si se alcanzaba, cómo conservarla. Jamás debíamos confundirla con el placer. Ni pensar que la tristeza era su antónimo exacto.

—Pensad en el padre Hugh. —Los ojos de madre refulgieron al mirarlo—. Según él, la tristeza es uno de los ingredientes de la felicidad... ¡un ingrediente necesario, nada menos! —Cuando el padre Hugh quiso replicar, madre alzó una mano—. Puede que su teoría tenga algo de retorcida verdad... para algunos. Pero para mí, no. Y tampoco para mis hijas, espero.

Nos miró a las tres con severidad. Nos echamos a reír. Ninguna de nosotras había tenido demasiada experiencia en el terreno de la tristeza. Bea y yo éramos unas niñas

y Linda tenía sólo un año cuando nuestro padre murió repentinamente tras una breve enfermedad que en un primer momento no había parecido grave.

—He conocido a personas que han sustituido la felicidad por la tristeza —añadió madre.

El padre Hugh volvió a protestar:

—Espero que no estés metiéndome a mí en ese saco.

Desde la muerte de nuestro padre, el padre Hugh había sido el amigo más íntimo de la familia, aun sin ser íntimo de ninguna de nosotras en particular, ni siquiera de madre. Vivía en un monasterio cerca de nuestra granja en el condado de Meath, y fue uno de los oficiantes de la misa solemne de réquiem que la importancia política de nuestro padre había requerido. Lo conocimos aquel día, y a partir de entonces empezó a visitarnos, con la intención de llenar el cráter de soledad que se había abierto en nuestro núcleo. Él mismo ignoraba que existía un vacío en su propia vida, y menos aún sospechaba que lo llenaríamos nosotras. Por aquel entonces, madre y él eran jóvenes, y tal vez más de uno se escandalizara por las frecuentes visitas a nuestra casa hasta pasado el crepúsculo, y por que no se lo pensase dos veces si tenía que quedarse toda la noche por algún motivo en particular; por ejemplo, que alguna estuviera enferma. En ocasiones incluso dormía en casa cuando llovía demasiado para regresar a la suya atravesando los campos.

De pequeñas, estábamos tan acostumbradas a la presencia del padre Hugh que no reparábamos en formalidades: en su presencia nos secábamos el pelo, nos cortábamos las uñas, y ni nos fijábamos en las prendas que hubiera

desperdigadas por ahí. Madre, por su parte, no se lo pensaba dos veces si tenía que salir apresuradamente del baño en combinación, mientras se lavaba los dientes o se cepillaba el pelo, si quería contarle algo antes de que se le olvidase. Y no toleraba el más mínimo reproche hacia su comportamiento. «No se inventó el celibato para eliminar de sus vidas el afecto y la confianza», sostenía.

A este respecto, Bea también se mostraba inflexible. Bea, la hermana mediana, era nuestro oráculo.

—Cómo me alegro de que tenga a madre —decía—, y de que ella lo tenga a él, porque la mayoría de las mujeres lo trata fatal. A los curas, digo. Como si fuesen unosapestados. Madre, en cambio, lo trata como a un ser humano, ¡sin más!

Y cuando los rumores de que se tomaba ciertas libertades con el padre Hugh llegaron a oídos de madre, abrió los ojos como platos.

—¡Pero si es un cura!

Bea soltó una risita nerviosa.

—¡Menos mal que él no la ha oído! —me dijo más tarde—. Habría echado por tierra todo el bien que le ha hecho hasta ahora. Ni que fuese un eunuco.

—Bea, ¿tú crees que está enamorado de ella? —pregunté yo.

—Si lo está, no lo sabe —afirmó Bea, tajante—. ¡Es su alma lo que persigue! ¡A lo mejor se está asegurando de tenerla en la otra vida!

A madre, sin embargo, le traía sin cuidado el otro mundo.

—Niñas, si me pasara algo... —decía—. De improviso, quiero decir, o cuando estéis lejos o yo no pueda hablar con vosotras, quiero que me prometáis que no os sentiréis mal. ¡No hay necesidad! Recordad que he sido feliz... y que si pudiera elegir mi paraíso particular, pediría volver a vivir mi vida con vosotras... ¡aunque a veces seáis un incordio!

Porque, según madre, la irritación y la fatiga, e incluso la enfermedad y el dolor, podían coexistir con la felicidad. Acostumbraba a preguntar a la gente si era feliz en momentos y lugares que —por decirlo suavemente— nos parecían inapropiados. «Pero ¿es usted feliz?», sondeaba al convaleciente bañado en sudor o presa de un galopante dolor de muelas. Y cierta vez, delante de nosotras, lanzó su pregunta a un viejo amigo que agonizaba en su lecho de muerte.

—¿Y por qué no? —contestó cuando, más tarde, se lo reprochamos—. ¿Acaso ser feliz no es más importante que nunca cuando uno se está muriendo? ¡Mirad a mi propio padre! ¿Sabéis lo que dijo en su último suspiro? En su lecho de muerte, me retó a nombrar a una sola persona que hubiera disfrutado de una vida mejor que la suya. ¡A pesar de que sufría unos dolores horribles, su cara irradiaba felicidad! —Madre asintió, satisfecha—. La felicidad destierra el dolor, igual que el fuego consume el fuego.

Como no poseíamos conocimientos propios que compitieran con los suyos, bebíamos sedientas de su retórica. Sólo Bea se mostraba escéptica.

—A lo mejor te la contagió él, como la varicela o las fiebres —dijo—. O como algo que, cuando menos, puede pasarse de mano en mano.

—De ser así, ¿crees que yo la habría aceptado? —protestó madre—. ¿Justo entonces, cuando más falta le hacía a él?

—¡No digo en ese mismo momento! —replicó Bea, tozuda—. Me refiero a una especie de herencia.

—¿Y no te parece que, en ese caso, se habría sentido en la obligación de dejársela a tu abuela? —contestó madre, irritada.

Ciertamente, sabíamos que, a pesar de su generosidad, nuestro abuelo había sido incapaz de proporcionar una felicidad perdurable a la abuela. Esa tarea la había delegado en madre. Y madre no lo había hecho demasiado bien, ni siquiera cuando padre vivía y podía contar con él —y más tarde con nosotras— para ayudarla.

En cuanto al padre Hugh, dio por perdida a la abuela muy pronto:

—Ni el mismísimo Señor lograría hacerla feliz —dijo un día, escudriñando el semblante de madre, demacrado y pálido de agotamiento, mientras ella se preparaba para la visita de cada noche al apartamento de su madre, visita que la dejaba completamente extenuada.

Algunas noches, cuando llegaba de la biblioteca, donde trabajaba, la veíamos inmóvil, con las llaves del coche en la mano, decidiendo qué sería peor: si arrastrarse andando hasta allí o volver a montarse en el coche. Y eso que la distancia era corta. La que había sido demasiado larga era la jornada de madre.

—¿No te acercaste a verla esta mañana? —inquirió el padre Hugh.

—¡Da igual! —dijo madre. Sin duda pensaba en la cara de desolación que siempre ponía la abuela cuando ella se marchaba. («No me des las buenas noches, Vera», imploraba la abuela. «Hace que me sienta muy sola. Y nunca se sabe... ¡A lo mejor todavía te pasas por aquí antes de acostarte!»).

—¿Sabes qué hora es? —preguntaba impaciente Bea si por casualidad acompañaba a madre. En realidad, poco importaba lo tarde que fuera, porque era casi seguro que madre volvería, aunque sólo fuese para pasar bajo la ventana y comprobar que las luces estaban apagadas o aguzar el oído y asegurarse de que, hasta donde podía comprobar, todo estaba en orden.

—Me gustaría tanto que fuese feliz... —decía madre.

—¿Y cómo sabes que no lo es? —preguntábamos nosotras.

—Cuando alguien es feliz, lo noto. ¿Vosotras no?

No estábamos seguras. Muchos veían a la abuela como una criatura risueña, un pajarillo que, incluso a su edad, reía como una niña y —lo más sorprendente— canturreaba durante todo el día. Pero su pico y sus garras eran de acero. No tenía ningún reparo en hacer volver a madre tres veces a una tienda si no cumplía a rajatabla sus recados. «Esta azúcar, no... demasiado fino; no quiero azúcar glas. Pero tampoco tan grueso. Quiero una cosa intermedia».

Una vez provocó tanto a mi hermana pequeña, Linda, que ésta le plantó cara.

—¡Eres mala! —le gritó—. ¡Te encanta dar órdenes!

La abuela se jactó de ello, como si Linda hubiese ensalzado una gran virtud.

—Nunca ha sido fácil complacerme —dijo—. De niña me llamaban «doña Imperiosa».

Y doña Imperiosa siguió siendo toda su vida, incluso de muy mayor. Sin embargo, sus órdenes adoptaron connotaciones irónicas cuando, a tan avanzada edad, empezó a llamar «madre» a su hija, como nosotras.

La abuela empezaba cada frase con la misma palabra: «ojalá». «Ojalá...», decía cuando íbamos a verla, «¡Ojalá hubierais venido antes, me he cansado de esperaros!». Y si llegábamos pronto, ojalá lo hubiéramos hecho más tarde, así podría haber descansado un poco y disfrutar más de nuestra compañía, prepararse para nosotras. Y si le llevábamos flores, suspiraba, porque ojalá se las hubiésemos llevado la víspera, cuando había tenido una visita que las habría elogiado, o bien le parecía una lástima que los tallos no fuesen más largos. Ojalá hubiéramos recogido unas pocas hojas verdes o incluido algún capullo, porque, añadía despectivamente, las tristes flores que le habíamos traído ya estaban marchitándose. Para eso, mejor que no las hubiéramos traído. Pasaron los años y la abuela añadió otra cuenta a su rosario: ¡ojalá no se hubieran muerto todos sus amigos! Debido a su ausencia, no había manera de disfrutar de verdad de nada. Nuestro padre —su yerno— fue la persona que más cerca estuvo jamás de complacerla. Aunque también aquello tenía sus inconvenientes: «¡Ojalá fuera hijo mío!», solía exclamar con un suspiro.